

Enrique Labrador Ruiz

Mariano Latorre en Cuba



EN menos de cinco horas se hace el salto de la cordillera es decir, de Buenos Aires a Santiago. Un día radiante me permitió admirar un paisaje de nieve y sol estupendo, volando bien alto con la máscara de oxígeno pegada al rostro hasta llegar a “Los Cerrillos”. Esto se dice pronto, pero pasar los Andes ¡vamos! siempre conlleva un sesgo de peligrosidad. Es sencillamente palparle las costillas al mundo austral; verle su vertiente precipitada.

Atrás el crestón, aquí está Chile con su aire distinto al de Argentina; su aire para respirar y para lo demás.

Este largo sable que cuelga del cinto de América —según un decir clásico— y cuya empuñadura de esmeralda confina con Perú, tiene 4,300 kilómetros aproximadamente, de Arica a Magallanes. A su medio, poco más o menos, cae Santiago, que se asoma al Pacífico por Valparaíso.

Santiago es la ciudad de las hermosas puertas ferradas. No diré que su millón de habitantes se guarde tan bien, pero cualquier casa de cierta categoría posee una que parece puerta de banco. Tanto hierro, tanto labrado fino, tanta buena forja dan una curiosa monumen-

talidad al viejo Santiago del Nuevo Extremo. Y si el centro no estuviese animado por los mil rostros femeninos llenos de belleza y de ternura como véis a cada paso, estas profusas portaladas sobrecogerían un tanto el ánimo.

Después, lo que más impresiona en Santiago es el aspecto comunicativo de las gentes; el aspecto y la realidad. Uno pide tal dirección, el favor de saber dónde queda cuál cosa y en seguida esos magníficos caballeros (que puede ser un *roto*, que puede ser un simple *cabro*...) se brindan para servirle. No sólo se le ofrecen a uno con gentil cortesía sino que, si el caso llega, le acompañan al sitio buscado.

Eso me sucedió a mí cuando quise saber de Mariano Latorre, el autor de más de veinte volúmenes representativos de la novelística chilena. Bien pronto un estudiante que encontré en un despacho de la Universidad me dijo que sabía dónde vivía el maestro, me dió sus señas y no conforme con aquello me acompañó a su casa. Estaba él precisamente en su biblioteca ordenando un traslado de libros y sin más ceremonias me hizo pasar:

—¡Hombre!, Cuba... Aquí tengo novelas criollas. Siéntese usted. Minutos nada más.

Eché a un lado un chamanto multicolor, dispuso algo, me ofreció cigarrillos (“¡qué vergüenza! con los que ustedes tienen...”) contestó al teléfono y luego hablamos, de libros, naturalmente.

—Siempre lo mismo... Y es que los libros lo sepultan a uno, ¿no es cierto? Y es que sin los libros no tenemos vida, no podemos vivir ¿no es cierto?

El novelista me invitaba a salir, a conversar al aire libre y frío, a desandar calles y callejas, tal vez a escalar el cerro San Cristóbal desde donde se ve como baja el Mapocho por un cañón de la cordillera y los tajamares del río que luego meterán en orden esa agüita tan poco descortés.

Es caso resuelto que el paisaje chileno lo descubrió para la literatura de su país Mariano Latorre, con algunos amigos más, en la primera década del siglo XX. En su honor hay que anotar lo. No en balde

Mariano Latorre



se trabaja con tanta atención, honradez y desvelo; no en balde se vive de modo total esa aventura de cada día, el ir y venir de los huasos, sus giros festivos, sus agudezas y lo que hay de doloroso, mezquino o sacrificado en sus vidas, montado siempre sobre el paisaje, el diverso, el contradictorio paisaje chileno. Y lo curioso es que ha tenido el buen acuerdo de evolucionar en lo exterior, dotando sus nuevos trabajos de una forma más dúctil, más ágil, más refinada, sin que la esencia haya cambiado: el corazón de su literatura es el mismo de hace 40 años.

Lo sé y no le pregunto. Desde 1912 en que se presentó con *Cuentos del Maule* decidió ser el intérprete del alma de su gente y así lo ha hecho. No le bastó trufar novela y más novela con los más variados tipos de la tierra, del norte, del sur; de más allá de las aguas y los volcanes; citadinos, indecisos, valientes o truhanes, siempre con Chile a cuestras, criollos de una pieza, requiebradores, francotes, con la empanada en la mano y la mirada por el rabo del ojo; con el corvo presto y las monedas para el favor. El mismo no es más que eso... , un francés por la figura, los modales distinguidos, el acento sobrio ¡pero qué criollazo bueno para la talla, la cueca y la chicha! “Pase usted, *cabaiero*”.

En una ocasión me explicaba algo en torno a los pájaros chilenos, donde se hallan unos y otros, qué diferencia existe entre diucas y tencas, zorzales y chincoles, lloicas y triles; cómo llamar y traer a juicio al peuco y al bailarín, feroces en la condición, peleadores sin cansancio. Talmente sabe diferenciar peces y mariscos y yo le he acompañado en sus sondeos, palpamientos y auscultaciones en el mercado; quería saber, y lo lograba, por qué tal choro o aquella langosta tiene ese pálido color; o cual erizo lleva su apancora grande a costa de las lenguas; y si este gris pulpito, precisamente, no será de tal sitio, cercano a tal otro... , por la vuelta de Nosequé.

Este hombre vital, bien informado siempre y dispuesto a saberlo todo, se porta como un especialista en generalidades. Le oí una vez hacer correcciones a uno que se tomaba copa en alto:

*Chicha de Curacaví,
chicha baya y curadora...
Chicha de Curacaví,
que ponés los pasos lentos...
Chicha de Curacaví...
A mí no me los ponés
porque te paso pa adentro ..*

—Es *ponís*... Se dice *ponís*... La gente del campo pronuncia de ese modo ¿no es cierto, Juanito?

Y Juan Uribe-Echevarría, que es vasco de origen y nos acompaña responde atronadoramente mientras ordena unas patitas de chanco con mote, ensalada de ultes y ajíes, con una visión de curanto ante los ojos para un día feriado próximo.

—Maestro...

Zurzulita fué la primera novela grande donde aparece el hombre de campo costino en lucha con gente nacida en el país, pero estimado a la europea. Sin embargo, este hombre quisiera fundirse con el barro nativo, ser uno más a la hora de la verdad. Ello no se logra y le distancian polos de dolor y angustias; se alejan entre sí.

Al dedicarme *Mapu* me hizo saber este libro describe “el trópico frío”, un área de la selva sureña dando vueltas al lago Villarrica. De esta zona salieron los mapuches, indios o mestizos que luego se ligan a blancos o blancuzcos. Estos cuentos, matizados de un vocabulario riquísimo, presentan a un hombre, a un nativo ya asimilado, y un extranjero altivo que se mantiene en sus hábitos, en sus trece.

A mí me gusta mucho una expresión que recoge con gracia en *Viento de Mallines*. Se trata de un tipo, Colacho Urrutia, que ve llegar a los que aguarda, y dice:

“—Aquí los esperaba, amigazos, olorosando el mallín”.

“Olorosando” es un término lleno de glotonería, de comilonería, de trago guapo, sensual a más no poder. Pero es también de una ternura de rabanillo picante sobre la aspereza del pasto.

¿Y sus carabineros? A veces los describe tan netamente buenos que no parecen carabineros. ¿Es que los hay así? En relatos de ciudad surgen distintos del mundo heterogéneo y vibrátil estos “pacos” y hacen guerra, dan sus golpes a voleo, les tinca tal o cual cosa y se salen con la suya. He sabido que estaba trabajando en *La paquera*, que es una especie de novia y un poco más de los “carabitates”, pero no sé si llevó a fin todo el vuelo de la aventura.

Cuentos andinos como los que se encuentran en *Cuna de cóndores* es difícil hallarlos todos los días. El pastor, el arriero, el violento hombre que se lanza en busca de “su” libertad están allí representados de mano maestra. Choques, luchas, la tristeza de la montaña, su impresión aterrante, y un manto de encantamiento que viene de la propia naturaleza fosca. “¿Cómo va la carbonera? —pregunta un personaje. Ha de responderle otro: ¿Cómo ha d’ir, compaire? Mal va. Si ha fundió el carbón. No agarra el fuego. De las tres pilchas no sacamos ni una carretá pa mostración”. El cuadro de miseria no puede ser más escueto y atribulante.

Ully, On Panta, Hombres y zorros... no es sino una continua aseveración de chilenidad. Latorre ve con su ojo magnético el “todo Chile” y si ha propuesto últimamente, en una serie de cuentos (*Chile, país de rincones*) una especie de totalización nacional que él cree que la novela no apura, no parece que éstas razones sean tan válidas como su deseo de seguir pintando, en abanico, las mil peripecias de los siete extremos que advierte del campo a la ciudad, del cerro a la costa, del más montañoso aire a la suave brisa de sus valles.

Cuando en 1944 se le otorgó el Premio Nacional de Literatura, dijo Milton Rossel: “Se han rastreado varias influencias en su arte de narrador: Bret Harte, Conrad y especialmente Pereda. Pero la verdad es que su orientación literaria la ha determinado su propio espíritu extravertido, vuelto hacia la realidad circundante, sin grandes problemas psicológicos o sentimentales que lo inquieten”. Y Ricardo A. Latcham, ahora mismo en un artículo que yo considero un ensayo por su finura y su penetración: “Latorre ha obtenido con su dura lima una prosa de gran transparencia y de poético relieve...” Y en

cuanto a la crisis del cuento que se plantea en Chile como en gran parte de América, aclara: “Desmiente la decadencia de la narración breve este libro (*Chile, país de rincones*), tan denso y de tan vigoroso contenido racial”.

A las cinco de la tarde todo Santiago le dice a uno:

—Vamos a tomar once.

Al respecto, Mariano Latorre me explicó que algunos hacen nacer “lunch” de esta costumbre; la palabra “lunch”, se entiende. Parece que los ingleses tenían dificultades para decir “once” de donde surgió el fonema “lonche”, las once. De todas maneras el pueblo cree que la denominación, el hábito vienen por emboscamiento, de las letras con que se arma la muy aguerrida palabra “aguardiente”. Once son éstas. El, especialista en generalidades, tiene otras cuatro teorías, por lo menos, pero así de pronto no me acuerdo de ellas.

Al alcanzar sus 70, este joven no aviejado por nada podría acompañar a muchos exploradores en aventuras de calidad; sería bien recibido en rucas y cuarteles, en fundos y tabernas. ¿Cuántos terremotos no habrá visto Mariano? ¿Y murallas derribadas? ¿Y ríos salidos de cauce? ¡Quién tuviera una de esas botellas que él colecciona, con velero o quechemarín, para enviársela llena de exvotos nativos. que auguran larga vida, larga felicidad!

Sería el presente de Cuba.

La Habana, octubre de 1955.